



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



031-01

FREUDISMO Y SICOANÁLISIS

Jacques Maritain

Conferencia dictada en Río de Janeiro en 1936, publicado en 1939 como capítulo I del libro 'Cuatro ensayos sobre el Espíritu en su condición carnal'.

No es tarea fácil tratar en un breve capítulo los tan numerosos como complejos problemas planteados por el freudismo. También complica la cuestión el hecho de que el interés por los descubrimientos y las teorías de Freud no ha quedado limitado a los círculos de los psicólogos y de los psiquiatras, sino que por el contrario aparece tanto mayor, hasta ferviente, cuanto que llega a ambientes menos competentes. Los literatos han desempeñado una función inmensa en la difusión del freudismo, y es una prueba tremenda para una doctrina científica, o que se presenta como tal, deber su éxito a los literatos y al gran público. La discusión seria y objetiva de lo nuevo que trae se halla entonces oscurecida por un sinnúmero de ruidos parásitos, en los que no es la voz de la inteligencia desinteresada la que más se hace escuchar, y en los que intervienen toda suerte de oscuros deseos de justificación, de reivindicación, de curiosidad más o menos pura. El mismo Freud se presta a todas esas confusiones por la pasión que anima sus dones de investigador.

Y, ¿qué decir de sus discípulos? Consiguientemente la labor del filósofo está en ensayar la distinción con tanta mayor obstinación cuanto más se insiste por todas partes en confundir. Me parece que toda discusión sobre este asunto está condenada al fracaso, si desde el comienzo no se distingue claramente el psicoanálisis como método de investigación psicológica y de tratamiento psiquiátrico, y el freudismo como filosofía. E incluso esto mismo no es suficiente todavía. Es necesario echar mano de una división tripartita: distinguiremos

el método psicoanalítico,
la psicología freudiana,
la filosofía freudiana;

y en seguida diré que respecto al primer plano (método psicoanalítico) Freud, a mi parecer, se revela como un investigador genial; respecto al tercer plano (filosofía freudiana), casi como un obsesionado; con relación al segundo plano (psicología freudiana), como un psicólogo de gran valor, cuyas ideas, activadas por su asombroso instinto de descubrimiento, están viciadas por un empirismo radical y por una metafísica aberrante, inconsciente de sí misma.

Como las ideas de Freud son más o menos conocidas por todo el mundo, inútil es que comience por una exposición histórica y doctrinal que correría el riesgo de ser fastidiosa.

I

EL MÉTODO PSICOANALÍTICO Y LA INVESTIGACIÓN DE LO INCONSCIENTE

Sabido es que Freud es un defensor resuelto de lo inconsciente psicológico. Hasta rehusa recurrir a la palabra subconsciente, indudablemente para no arriesgarse a favorecer la tendencia que no ve en lo inconsciente más que el desecho de la actividad consciente. El hecho, no de ser absolutamente inaccesible, sino de ser inaccesible a la evocación voluntaria, es lo que según él caracteriza a lo inconsciente propiamente dicho. Lo inconsciente, según él, abarca todo lo que es inaccesible a la evocación voluntaria, pues reserva el nombre de preconsciente a los elementos no conscientes que pueden ser llevados a la conciencia por la evocación voluntaria.

La cuestión que se plantea desde el principio es, pues, saber si existe una vida psíquica que escape a la conciencia y cuyas emergencias tan sólo lleguen a esa zona iluminada. A nuestro parecer, a esta cuestión hay que responder categóricamente sí, y dar por entero la razón a Freud. Si los profesionales de la psicología han enredado de tal modo el problema, hasta el punto de que algunos durante largo tiempo no han admitido más que un inconsciente puramente fisiológico, y otros han recurrido a la noción, según nosotros muy discutible, de una pluralidad de centros de conciencia, es por culpa de los filósofos, y ante todo de Descartes, que han identificado, en virtud de un postulado idealista, hecho psicológico y hecho de conciencia. Al menos en lo que concierne al psiquismo, ser se identificaría con ser conocido, dicho de otra forma, sería esencial a toda actividad psíquica el conocimiento de sí misma.

A nuestro parecer lo que a los ojos de Meyerson era como un postulado realista de la ciencia, y que a los ojos de un metafísico tomista es una verdad filosófica perfectamente establecida, que las cosas u objetos cognoscibles existen independientemente del conocimiento que de ellas tenemos, este axioma del realismo vale para la psicología como para las demás ciencias.

Para Santo Tomás de Aquino, no sólo el alma humana es oscura para sí misma y no conoce su propia existencia concreta más que por la reflexión sobre sus actos, no sólo sus tendencias radicales – las llamadas potencias o facultades del alma – son en nosotros realidades cuya naturaleza íntima escapa a la introspección, sino que también los instintos, las inclinaciones, las tendencias adquiridas, los hábitos o perfeccionamientos internos de las facultades, las virtudes y los vicios, Y los mecanismos profundos de la vida del espíritu, todo esto constituye un mundo de realidad cuyos efectos tan sólo llegan a la conciencia; baste o no la voluntad para evocarlos, el mundo de recuerdos y de imágenes se conservan en nosotros bajo forma psíquica, en estado latente; y muchas operaciones psíquicas, aun operaciones de conocimiento, como las del sentido, pueden producirse en nosotros sin que tengamos conciencia de ellas, es decir, sin que las conozcamos explícitamente por un retorno de la inteligencia sobre las mismas, que se poseione de ellas para significárselas a sí misma. Es obra de una especie de primitivismo, debido ya a una psicología sumaria ya a los prejuicios idealistas o racionalistas, la creencia de que no hay en nosotros sino lo que nos decimos a nosotros de

nosotros mismos y que no pensamos ni amamos más que lo que pensamos pensar y amar. La menor observación, hecha con un poco de atención, de nuestro propio comportamiento y del comportamiento ajeno bastaría para que nos desengañáramos por entero.

“Lo inconsciente, escribe Freud en la Science de Réoes, es lo psíquico mismo y su esencial realidad. Su naturaleza íntima nos es tan desconocida como la del mundo exterior, y las noticias proporcionadas sobre él por la conciencia son tan incompletas como las de nuestros órganos de los sentidos respecto al mundo exterior.” Podemos asentir a esta fórmula tomada en sí misma.

Sin embargo, se impone inmediatamente una reserva. Sin duda, pecaría de inexacto quien dijera que Freud desconoce la eficacia de la conciencia, ya que para él la curación de las neurosis se produce justamente por el paso de lo inconsciente a lo consciente. Pero lo que ignora es la vida propia y la energía propia de toda una región del psiquismo a la cual la conciencia está necesariamente unida, es decir, de la parte racional del alma: juicios de la inteligencia, elecciones libres de la voluntad, cosas éstas que son necesariamente y de sí conscientes y que son con toda propiedad capitales para nuestro comportamiento. Pero para Freud no hay elección libre; y en cuanto a las funciones de la inteligencia, aun las más elevadas pueden realizarse en la inconsciencia, como las demás. Si existe una eficacia de la conciencia, consiste tan sólo en el hacerse conocido. De esta manera lo inconsciente es para él lo principal en el hombre, si no el todo de sus energías. El hombre es guiado por lo inconsciente, pues la iluminación de la conciencia, cuando funciona bien, impide tan sólo que los conflictos internos de las energías inconscientes perturben con demasiada gravedad esa conducción.

Pero dejemos esta digresión. Retengamos el hecho de que lo inconsciente psíquico existe. El problema que ahora se plantea, es la exploración de ese inconsciente.

Y es en este punto donde debemos a Freud descubrimientos cuya importancia sería injusto desconocer.

La primera condición de la exploración de lo inconsciente es la ruptura del control y de las inhibiciones normalmente ejercidas por las funciones psíquicas superiores sobre las inferiores; dicho de otro modo, ha de procurarse el cese momentáneo de ese control a fin de obtener que el psiquismo inferior surja al campo de la conciencia. Esto en lenguaje freudiano se llama la ruptura de la represión o la liberación funcional. Con este fin se han usado muchas estratagemas: algunos psiquiatras recurren a los agentes fármaco-dinámicos, por ejemplo a la eterización; otros, a la hipnosis.

El rasgo genial de Freud está en recurrir para ello a la suspensión voluntaria del ejercicio de la autocritica y de la autoconducción. Éste es, como se sabe, el carácter esencial del psicoanálisis, o de la técnica de la asociación libre. Se procura obrar de modo que el enfermo pierda momentáneamente la cabeza, para que confiese lo que él mismo no sabe; para esto lo mejor es obtener su consentimiento, pues entonces él se entrega voluntariamente a una experiencia en la que su vida mental en cierto modo va a descomponerse, a diluirse, y que lo conducirá, en determinados momentos, a un estado muy cercano al de la hipnosis o del sueño. Extendido en una semioscuridad, no viendo al médico colocado detrás suyo como un testigo atento y el cual tan sólo le pide que asocie sobre una palabra, después sobre otra pronunciada en la respuesta, y así sucesivamente, se abandona a las palabras y a las imágenes a medida que surgen en él, en el desligamiento completo del pensamiento lógico y del control voluntario de sí mismo. Entonces y después de un tiempo más o menos largo, toda una fauna de recuerdos y de pensamientos desconocidos, sumidos en las aguas de lo inconsciente, suben a la superficie. No sin crisis ni agonías; pues hay que disolver como por la violencia las resistencias activas y tenaces, convertidas muchas veces en automáticas, y esos mecanismos levantados por la neurosis precisamente para permitir a lo inconsciente la custodia más celosa de su secreto.

Al proceso de la liberación debe añadirse también el de la interpretación, que, iluminando el elemento represor y haciendo que penetre en el campo de la conciencia donde pierde su automatismo y se disgrega, posibilita la liberación de lo reprimido y su llegada a la conciencia. Cebada por una primera liberación, la emancipación psíquica se prosigue paso a paso, condicionándose mutuamente la liberación y la interpretación.

En la técnica de la interpretación y particularmente en el uso del simbolismo, Freud y sus discípulos se han dejado llevar a un exceso de arbitrariedad, de dogmatismo obsesional y de pedantería, que han amenazado con desacreditar al psicoanálisis, y que sobrepasan en mucho a las mejores chanzas de Aristófanes y de Molière; lo que ha hecho decir a espíritus agudos que el psicoanálisis no tiene peores enemigos que los psicoanalistas; por otra parte, la difusión entre el gran público de las interpretaciones freudianas, particularmente del léxico de la simbolización (que Freud considera como común a todos los miembros de un determinado grupo étnico o lingüístico), tiene por resultado crear entre la gente lo que precisamente hay que comprobar en ella, y por añadidura envenenar las imaginaciones.

Sin embargo no se juzga un método por los abusos que de él han hecho los hombres, sino por los resultados positivos que es capaz de proporcionar. Y es preciso decir, a mi parecer, no sólo que el principio y las reglas de la interpretación freudiana pueden ser salvados en una metodología exacta y rigurosa, y que los mecanismos freudianos, condensación, desplazamiento, dramatización, simbolización, elaboración secundaria, censura, simulación, responden, bajo una forma evidentemente provisoria y sujeta a revisión, a consideraciones penetrantes, sino también que en este punto Freud nos coloca ante una noción muy interesante, casi desconocida hasta él por los psicólogos profesionales, y que Roland Dalbiez, en un libro admirable que es una de las grandes obras de psicología publicadas desde hace veinte años (1) ha llamado la noción de *expresión psíquica*: pues un estado psíquico no sólo está determinado por adelante, si así puedo hablar, esto es por el objeto con el cual se relaciona, sino también por detrás, esto es por otros estados y disposiciones psíquicas del sujeto cuyo efecto y signo es él a la vez, dicho de otro modo la expresión psíquica: lo que evidentemente se verifica de una manera particularmente manifiesta en el caso de los productos psíquicos “dereísticos”, o sea los que no están centrados en lo real – sueños, alucinaciones, síntomas neuróticos.

El psicoanálisis, conducido conforme a reglas metodológicas rigurosas, con mucha frecuencia no obtiene resultado; cuando llega a ellos, éstos muchas veces pertenecen más al orden de la probabilidad que al de la certeza; en todo caso es un conocimiento de lo singular, que explica el presente individual

por el pasado individual. Todo lo cual significa que no pertenece al dominio de la ciencia especulativa, sino al dominio de la medicina y que padece las imperfecciones propias de los instrumentos lógicos de una tal ciencia. Freud lo advierte muy justamente, *“un psicoanálisis no es una inquisición científica imparcial, sino un acto terapéutico; no busca esencialmente probar, sino modificar algo”*. Así limitada, la exploración de lo inconsciente por el método de la asociación, que constituye lo esencial del psicoanálisis, y por el método simbólico que, Freud lo ha repetido frecuentemente, no desempeña por lo demás en el psicoanálisis más que una función completamente secundaria, ha dado bastantes resultados positivos bien establecidos – en los que particularmente la realidad de los recuerdos y de los traumatismos, sepultados desde la infancia y de este modo descubiertos, ha podido ser exteriormente verificada por una investigación sobre el pasado del enfermo – para que se deba considerar esta técnica de exploración de las profundidades geológicas del alma, junto con la técnica de la interpretación de los sueños, como un descubrimiento del más subido valor. *“Lo esencial de la obra de Freud es así el haber creado un método enteramente nuevo de exploración de lo inconsciente.”*

Pero, la advertencia de Freud que citaba hace un instante lo recordaba muy oportunamente, el psiquiatra recurre al psicoanálisis para curar. ¿Cuál es el valor terapéutico de éste? Sin que nos entreguemos ahora a una discusión detallada, damos las conclusiones a las cuales al parecer debe conducir un estudio profundizado de los documentos: juzgo que no sólo el método psicoanalítico – a pesar de la forma lógicamente muy imperfecta que Freud, como casi todos los grandes iniciadores, ha dado a su descubrimiento – es un instrumento de investigación capaz de proporcionar rigurosos resultados, sino que también puede llevar a la curación en determinados casos de neurosis y aun quizás de psicosis (pero si se trata de psicosis, de esquizofrenia, de automatismo mental, etc., habría que discutir más bien las ideas de Bleuler y de Jung que las de Freud).

Sería absurdo convertir al psicoanálisis en el único instrumento terapéutico de la curación de las neurosis, él es uno de los instrumentos terapéuticos de la curación de determinadas neurosis y el mecanismo de la curación reviste en ese caso un interés especial para el filósofo: *“Desde el*

momento en que los procesos inconscientes llegan a ser conscientes, escribe Freud, los síntomas desaparecen.” La liberación ha hecho aparecer, no una noción abstracta del pasado, sino el pasado concreto con esa certeza existencial característica de la intuición del recuerdo, y eso es indispensable, “*la provocación artificial de los fenómenos de hipermnesia resulta, como se ha dicho, uno de los pilares del edificio psicoanalítico*”: lo que el enfermo tiene ahora ante sí es su propio inconsciente, su propio desgraciado pasado, sus propias heridas psíquicas, precisamente en cuanto suyas, precisamente en cuanto pertenecientes de una manera indeleble a su propia duración irreversible y adhiriéndose a su propia existencia.

Pero la hipermnesia provocada no basta: debe intervenir la inteligencia. La interpretación hecha por el enfermo o reconocida por él como verdadera, le descubre las relaciones causales entre esos materiales de su vida pasada y la perturbación que padece: toma de conciencia intelectual, interesa comprenderlo, la cual nada tiene que ver con una deducción, la cual es una intuición que llega a las mismas fibras del tejido psíquico del sujeto; y automáticamente, por el solo hecho de esta toma de conciencia, los automatismos creados por el inconsciente se deshacen, la luz de la inteligencia los disuelve. Toda curación de un síntoma neurótico por el psicoanálisis es un testimonio de la radical salubridad de la inteligencia y de la conciencia.

Advirtamos que esas clases de reordenación pueden ser espontáneas; citaré aquí un caso del que he tenido conocimiento directo. Una joven experimentaba, desde el momento en que se encontraba en un espacio cerrado: habitación cerrada, coche de ferrocarril, síntomas de angustia que cada año se volvían más penosos. Era un alma diáfana, acostumbrada a ver claro en ella: un día que paseaba por la campiña, se dijo a sí misma: esto no es posible, debe haber algo que lo explique; y pensó en su pasado; y de pronto surgió un recuerdo completamente olvidado de la primera infancia. Hacia la edad de tres años, encontrándose con su padre al que raramente veía y al que temía mucho (estaba separado de su madre) había querido abandonar la pieza: en el instante que hacía girar el pestillo de la puerta, el padre echa el cerrojo, situado demasiado alto para que la mano de la niña pudiera alcanzarlo. Ella se lanza hacia la ventana, el padre la cierra y se coloca delante. La niña se siente prisionera, invadida por la angustia y

la humillación ... Fácil era comprender la relación entre este suceso de la primera infancia y la angustia experimentada por la joven desde el momento en que se encontraba encerrada en un lugar cualquiera; el esbozo de la neurosis en formación desapareció de golpe y para siempre. Esa joven que ignoraba completamente el psicoanálisis, había recurrido sin saberlo a una cura psicoanalítica, como escribía prosa Jourdain.

La cura analítica consiste esencialmente en la disolución de los hábitos morbosos, mediante su reducción al recuerdo de los sucesos que los han originado.

Como muy justamente hace notar Roland Dalbiez, *“la clave de la cura psicoanalítica está en la distinción del hábito y del recuerdo. Siempre se había observado que el aprendizaje de un movimiento de destreza, es decir, la formación de un hábito motriz, no se acaba hasta que la conciencia se retira del conjunto motor integrado en adelante por automatismo. Inversamente se había comprobado que el solo hecho de ensayar una nueva toma detallada de conciencia de los gestos ejecutados, perturba profundamente el hábito motriz y desarticula su automatismo. El pianista, el dactilógrafo, el esgrimista, se fían de sus automatismos. Están perdidos desde el momento que quieren analizarlos”*.

El descubrimiento de Breuer – se sabe que es el médico vienés José Breuer quien descubrió, en el curso de los años 1880-1882, que la reintegración de un recuerdo traumático en el campo de la conciencia puede tener un efecto curativo, es lo que él llamaba catarsis o limpieza del alma –, el descubrimiento de Breuer ha consistido en la aplicación de una regla general del dinamismo psíquico al campo de los hábitos afectivos mórbidos. Freud no ha hecho otra obra personal más que la creación de una técnica exploradora de una originalidad absoluta: el análisis de las asociaciones espontáneas, de los sueños, de los actos frustrados, y advirtiendo el primero la importancia patogénica de las represiones fallidas. Pero el descubrimiento del principio terapéutico fundamental del análisis: la desintegración del hábito por la rememoración, pertenece propiamente a Breuer, como Freud, por lo demás, siempre lo ha proclamado.

Ese principio terapéutico fundamental es el que distingue la teoría freudiana de las relaciones del hábito y de la memoria, de la que sostiene Bergson. El filósofo francés gusta de oponer el hábito, ese mecanismo corporal adquirido, al recuerdo puro. Freud, él también, opone el hábito a la memoria, pero de un modo diverso. Le es imposible conceder que el hábito sea puramente somático: toda su terapéutica se derrumbaría por la base. Existen hábitos psíquicos, cognoscitivos. El automatismo puede invadir tanto el psiquismo como el organismo. La desintegración de los hábitos afectivos morbosos por su reducción al recuerdo demuestra el carácter psíquico de esos hábitos. La cura psicoanalítica constituye, se podría decir, la refutación terapéutica de la tesis bergsoniana, que confina el hábito al organismo puro, que no ve en él más que notoriedad.

El psicoanálisis puede curar determinadas neurosis, aquéllas cuya etiología no es orgánica, sino psicodinámica – ante todo la histeria (puesto que ese concepto, rechazado por Babinski y que ha jugado un papel tan importante en la génesis de las teorías de Freud, está en vías de rehabilitación), los estados ansioso-psicogénicos, la neurosis obsesional –. Añadamos en seguida que también puede agravarlos y conducir a la neurosis, y aun a algo peor, a los desgraciados en buena salud, a quienes la moda o una imprudente curiosidad ha conducido un buen día a casa del psicoanalista. Todos los que se han ocupado de estas cosas conocen ejemplos de hombres cuya vida mental y moral ha sido siniestramente arruinada en esas condiciones. Lo cual prueba que el método psicoanalítico – desde el punto de vista de la terapéutica o desde el punto de vista de la simple exploración de lo inconsciente – es un método difícil y un método peligroso, y que si es necesario elegir un buen médico entre mil, es preciso escoger un buen psicoanalista entre diez mil. Un descubrimiento puede ser bueno en sí mismo, pero difícil de manejar, y peligroso, y exigir precauciones excepcionales, como es el caso de muchas invenciones del mundo moderno. El método psicoanalítico es peligroso para el sujeto y para el médico; sobre eso quisiera dar algunas rápidas indicaciones.

Lo que quiero decir es, brevemente, que el psicoanálisis y – éste es su mérito científico – nos hace cruzar la zona prohibida. Siempre existe un peligro cuando se trastornan las relaciones establecidas entre lo consciente y lo inconsciente, siempre hay un peligro cuando se penetra en esos estados pasivos provocados; se

cruza una frontera al otro lado de la cual no hay que esperar más las protecciones de la razón, se está en un mundo salvaje. ¿Quién sabe si el soñador lanzado a la aventura encontrará la puerta de su casa? El peligro que mencionamos existe ya en cierta medida en el caso en que el sujeto completamente solo practica en sí mismo el método psicoanalítico. Es mucho más serio en el empleo del psicoanálisis propiamente dicho, cuando son dos, el médico y el paciente, los que deben penetrar en lo inconsciente del paciente.

Lo que en este punto me parece constituir una novedad, que no se ha aclarado tal vez suficientemente, es el hecho de que el psicoanálisis cambia la relación, hasta el presente establecida, del enfermo con el médico. Hasta entonces, el médico no era más que el representante de un determinado arte, que aplicaba al enfermo, pero desapareciendo él mismo dentro de lo posible tras su arte: si aparecía y obraba su personalidad (y en eso residía tal vez, de hecho, lo más eficaz de su acción) era a pesar suyo, pasando instrumentalmente por su arte. Y tal es el caso asimismo del director de conciencia. Ahora por el contrario el acto médico es un combate singular entre dos personalidades, en marcha conjunta hacia las regiones del infierno interior; ese duelo y ese enredo imponen al médico una tensión extrema y agotadora para mantener intacta su independencia y su indiferencia dominadora. Existe el peligro de que finalmente su salud sucumba. En cuanto al paciente, es paciente en un sentido más real y más tremendo como no lo implicaba esta palabra hasta ahora. Si la experiencia sale mal, queda expuesto a una desorganización, a una ruina más profunda de su psiquismo.

A veces se ha dicho que el psicoanálisis era un sustituto, un ersatz de la confesión. Lo cual me parece muy inexacto. Por una parte constituiría una ilusión la creencia de que la confesión posee un poder curativo sobre las neurosis y las psicosis, pues su objeto y su finalidad no son de ningún modo psicoterapéuticos, así como los recuerdos que el penitente comunica al confesor son por definición recuerdos que pertenecen a la esfera de lo consciente o de lo preconsciente y dependen de la evocación voluntaria; si el penitente se examina y fuerza su voluntad para ir más lejos, corre el riesgo de ser escrupuloso, pero no penetra por eso dentro del mundo de lo inconsciente; cuando un neurótico o un delirante se confiesa, lejos de poner al descubierto la raíz de su neurosis y de su delirio, abruma a su confesor con las construcciones de su neurosis y de su delirio.

Por otra parte la confesión es de sí un acto de la vida racional, un acto de razón y de voluntad, en el cual las dos personalidades presentes están en lo posible selladas la una frente a la otra; pues el penitente no entrega al confesor el secreto de su corazón más que como a un instrumento de Dios; y el confesor retira toda su personalidad tras su ministerio de juez.

Si se tiene en cuenta la importancia, en el psicoanálisis, del conflicto singular de las personalidades humanas del que acabamos de hablar, cobrarán una significación particular dos rasgos típicos del tratamiento psicoanalítico: el primero es el hecho que es de regla, para evitar ciertos peligros de desórdenes nerviosos, que un futuro psicoanalista comience por hacerse psicoanalizar él mismo; sólo después de esta especie de iniciación y de previa limpieza psíquica podrá a su vez emprender la tarea de psicoanalizar a los demás; el segundo rasgo típico es la ley de la transferencia, es decir, de la manifestación, inevitable en un momento dado, de los hábitos morbosos del enfermo, y particularmente de sus tendencias eróticas, hacia el mismo psicoanalista. Sin duda todos aquellos que están obligados por sus funciones a recibir declaraciones íntimas: confesores, médicos, abogados, están expuestos a convertirse en el objeto de la pasión de las personas neuróticas que se confían a ellos. Pero aquí está en juego una ley mucho más profunda y típica; la transferencia es un estadio necesario de la neurosis en vía de disolución psicoanalítica “una neurosis psicodinámica es, según el esquema de Freud, un sistema de costumbres morbosas mal reprimidas que se desahogan de un modo equivocado. Una de las primeras consecuencias de la cura [psicoanalítica] será el hecho de que esas costumbres morbosas, en lugar de manifestarse frente al ambiente, van a exteriorizarse frente al médico y de que traten de fijarse sobre él. *“Un análisis sin transferencia es una imposibilidad”*, escribe Freud. Pero si necesariamente es así, ¿no es en razón de la relación particularísima que une las dos personalidades del médico y del enfermo en el psicoanálisis, y no es esto una manifestación típica de esa intromisión del uno en el alma del otro que hemos señalado?

Esta misma relación particularísima, que sima al acto psicoanalítico no ya sobre el plano de la ciencia (práctica) como es la medicina en el sentido clásico de la palabra, sino sobre el plano, en el que la singularidad y la contingencia son mucho más absorbentes, del conflicto de persona a

persona, quizás explicaría además por qué los psicoanalistas experimentan en general mayor dificultad que los demás en guardar las reglas de objetividad del método científico.

“Los psicoanalistas, escribía Claparède, me causan el efecto de ser los buhos de la psicología. Ven en la obscuridad. Ciertamente es una importante ventaja, pues en los subterráneos de nuestro subconsciente, como en las tinieblas del alma primitiva, suceden sin duda muchas cosas, y ellos han descubierto una cantidad de relaciones y de hechos que habían escapado a los otros psicólogos. Pero esta ventaja tiene su reverso: habituados a la noche, parecen a veces incapaces de soportar la luz y de exponer sus conceptos con claridad, bajo una forma racional que sea convincente para aquellos que no están, como ellos, convencidos de antemano. Han perdido también el sentido de los matices y parece que no distinguen muy bien una hipótesis maravillosa de una inducción verosímil.”

Comprendamos bien el sentido de las observaciones que acabo de proponer. De ningún modo tienden a calificar de prohibido el método psicoanalítico ni a presumir que sería moralmente ilícito. De ninguna manera se trata de eso, sino simplemente de los peligros que presenta, peligros cuya razón he tratado de indicar. Claro está que en determinados casos conviene recurrir a los medicamentos peligrosos; y que cuando una conexión anormal entre lo consciente y lo inconsciente se traduce por un síntoma neurótico que destroza una vida humana, no hay que dudar, si las indicaciones nosológicas persuaden el tratamiento psicoanalítico, en ensayar ese tratamiento. Pero recurrir al psicoanálisis como se toma un sello de aspirina, es una ingenuidad que cuesta cara.

Hace un instante he hablado de licitud moral. Querría, antes de terminar este capítulo, señalar el modo con que proceden baj o pretexto de ciencia ciertos investigadores.

Para verificar por vía experimental el valor del simbolismo freudiano, autores del nombre de Schrotter y de Roffenstein hipnotizaban a sujetos y les sugerían soñaran en tal o cual obscenidad repugnante, para ver cómo la imagen obscena iba a disfrazarse en el sueño; otros, Betlheim y Hartmann,

elegían enfermos acometidos de ciertas perturbaciones asociativas (síntoma de Korsakoff) y les hacen aprender de memoria unos trozos de prosa de contenido ignominioso, para ver qué simbolizaciones espontáneas podrán comprobarse cuando más tarde los sujetos reciten esos trozos. Esas clases de experimentos sobre pobres enfermos tratados como animales y cuya imaginación no se vacila en herir y degradar, denotan en el experimentador una rara bajeza moral.

II

LA PSICOLOGÍA FREUDIANA

Ante todo hay que anotar en la cuenta de la psicología freudiana, a mi juicio, la noción de dinamismo psíquico, que otros filósofos, particularmente Bergson, habían ya aclarado, y con mucha más fuerza filosófica; pero de la cual Freud ha hecho un uso notablemente fecundo en el orden de la psiquiatría y del saber empiriológico. Para él, la vida profunda de lo inconsciente se manifiesta formada de tendencias, de deseos, de instintos y de impulsos comparables no a fuerzas mecánicas sino a energías vitales orientadas intrínsecamente hacia un fin y trabajando cada una de ellas para obtener su objeto con la feroz obstinación, la flexibilidad y las astucias de la vida. Freud ha podido dejarse llevar en ese punto a muchas exageraciones; con todo, esa restauración del dinamismo y de la finalidad cobra a los ojos de un tomista un muy subido valor; ha podido exagerar a tal punto la función de los instintos y de la afectividad que parece contemplar en ellos la totalidad del ser humano; pero con todo ha atraído poderosamente la atención sobre una parte del psiquismo del animal dotado de razón generalmente descuidada porque está encubierta por las funciones superiores; ha podido por otra parte usar un lenguaje exageradamente antropomórfico y mitológico, lo cual a mi parecer constituía el precio pagado por el justo sentimiento metodológico, si puede emplear esas palabras, que ha tenido de la psicología como ciencia empiriológica (desgraciadamente él ha querido convertir esta ciencia empiriológica en una filosofía del hombre, lo que confunde todo).

Es un hecho perfectamente conocido que en Jo referente a lo que él llama la psicopatología de la vida cotidiana, su originalidad ha sido pretender que los lapsus, olvidos, errores, actos truncados, etc., todos esos pequeños hechos poseen un sentido, es decir que son conjuntamente efectos y signos de tendencias afectivas ocultas. Su teoría del sueño es igualmente bien conocida: la reducción de todo sueño a la satisfacción disimulada de un deseo es una pretensión tan evidentemente simple que el mismo Freud se ha visto obligado a atenuarla; en 1920, en sus *Essais de Psychanalyse*, ha concedido un lugar al automatismo de repetición, y concedido *“que existe en la vida psíquica una tendencia irresistible a la reproducción, a la repetición, tendencia que se afirma sin tener en cuenta al placer, colocándose por encima de él”*. Notemos entre paréntesis que en la misma teoría del sueño como realización de un deseo, ese tal deseo no es considerado por Freud, como se ha creído con mucha frecuencia, como si siempre fuera de naturaleza sexual; sobre ese punto él mismo se ha explicado con toda claridad.

Pero dejemos esto. Si el mundo del ensueño es, según mi parecer, algo infinitamente más complejo y misterioso que como lo afirma Freud, y si Freud no ha triunfado en su labor de someterlo, con todo ha visto perfectamente que en él debe concederse una función preponderante al dinamismo tendencial.

Pero la función de ese dinamismo se manifiesta mejor en la teoría freudiana de la neurosis. Debe reconocerse, a mi modo de ver, que existen neurosis de origen psicodinámico y que la explicación propuesta por Freud sobre ellas, está bien fundamentada. En una discusión muy minuciosa Roland Dalbiez ha mostrado que los célebres estudios de Pavlov sobre los reflejos condicionales conceden a Freud con relación a este punto la más notable confirmación. Para Freud las psiconeurosis se deben a un conflicto interior. Un impulso instintivo ha sido repelido a lo inconsciente, reprimido victoriosamente durante un tiempo más o menos largo, después el equilibrio se ha roto, la represión ha fracasado y lo reprimido ha regresado bajo la forma de síntomas neuropáticos. Ahora bien, Pavlov ha obtenido en el perro neurosis experimentales al determinar en él choques de instintos, siguiendo un esquema capaz de ser exactamente superpuesto al de Freud. He aquí un ejemplo de esas experiencias de Pavlov. Se presenta comida a un perro al mismo tiempo que se coloca un punto de su

piel en contacto con una corriente eléctrica. Por sí sola la corriente eléctrica produciría una reacción de huída y de defensa. Asociada a la presentación de la comida, la corriente eléctrica acaba por perder el poder de suscitar la reacción de defensa y por adquirir el de provocar la salivación. Se puede decir que hay inhibición del instinto de defensa por un reflejo condicional que está ligado al instinto de nutrición. Pero el equilibrio así logrado es inestable. Si se modifica el punto de aplicación de la corriente eléctrica, se destruye el equilibrio, la corriente deja de provocar la salivación y desencadena violentas manifestaciones de defensa, el perro se vuelve extremadamente excitable e inquieto, como jamás lo había sido hasta el presente. En el lenguaje de Freud se diría que ha regresado lo reprimido (el instinto de defensa) como consecuencia de una represión fallida.

Otro ejemplo, extremadamente curioso, porque muestra cómo el conflicto de tendencias que enloquece al animal puede estar ligado a un fenómeno cognoscitivo, quiero decir al hecho de que un determinado discernimiento se ha tornado imposible. *“Sea un perro en el cual se ha originado un reflejo condicional positivo en respuesta a la aparición de un círculo luminoso. Cada vez que aparecía el círculo se ha presentado comida al perro: en adelante, desde el momento en que aparece el círculo, el perro saliva. Si luego se muestra al animal una elipsis, cuyo eje mayor es igual al diámetro del círculo y cuya relación de ejes es de 1/2, comienza por salivar. Pero como la presentación del círculo viene acompañada de comida, mientras que la de la elipsis no, el perro con bastante rapidez llega a distinguir el círculo de la elipsis. Se continúa la experiencia con elipsis cuya relación de ejes es sucesivamente 2/8, 3/4, 4/5, 5/6, 6/7, 7/8, y se comprueba que el perro logra diferenciarlos. Pero cuando se llega a una elipsis cuya relación de ejes es de 8/9 – y que se asemeja mucho a un círculo –, se destruye el equilibrio entre la excitación por el círculo y la inhibición de diferenciación por la elipsis.”* No hay medio de discernir ese círculo que dice: ¡comida y salivación! de esa elipsis que dice: ¡atención!, ¡no hay que salivar! *“El perro se vuelve nervioso, aúlla sobre el banco, se enrosca, arranca los aparatos...”*; ha sido ocasionada en él una neurosis experimental momentánea.

Pero volvamos a Freud. Es notable que muchos de sus adversarios, imbuidos de prejuicios mecanicistas u organicistas, lo critican como un supuesto inclinado

al espiritualismo: ¿no admite él que enfermedades como la neurosis y las psicosis, y aun tal vez, al decir de algunos de sus discípulos, ciertas enfermedades orgánicas, pueden depender de causas psíquicas, no somáticas? ¿Qué se debe pensar del origen psicogénico de las enfermedades? Filosóficamente hablando, y para relacionar esta cuestión con unos problemas metafísicos que Freud jamás se ha planteado, no hay en esto, a decir verdad, ningún espiritualismo cartesiano, ni siquiera. ningún espiritualismo propiamente dicho; más bien, dejando aparte el problema de la espiritualidad del alma humana, un animismo, por lo demás muy bien fundamentado a nuestro parecer. Si es verdad que el alma, concebida como una entelequia en el sentido de Aristóteles, y el cuerpo informado por ella, no constituyen sino una sola y única substancia, entonces será evidente que todo desorden psíquico está unido a una perturbación al menos funcional del organismo; pero no menos evidente será que ese mismo hecho nosológico total puede ser considerado, si puedo decir, por uno u otro lado, y que en determinados casos su causa puede ser totalmente psíquica, en otros completamente somática, en otros casos psíquica y somática a la vez (somática por lo menos en cuanto al terreno y a las predisposiciones hereditarias, lo cual Freud jamás ha negado). y lo mismo respecto a la curación. En este punto ninguna dificultad teórica se plantea para el filósofo.

Hay otro aspecto en la psicología freudiana, un aspecto obscuro, el cual naturalmente es el que más ha cautivado la atención del gran público.

Me refiero particularmente a la teoría de la libido, sobre la cual Freud se ha expresado en términos harto contradictorios, de tal modo que la libido aparece a veces como un simple equivalente de lo que los teólogos llaman la concupiscencia, el deseo desordenado de todo lo que puede satisfacer el sentido y el gusto del placer, y el amor de sí mismo; otras veces como una especie de eros metafísico que expresa la energía del ser y su impulso hacia la existencia y hacia la vida; otras veces como un deseo de naturaleza sexual. Sin embargo es tal la preponderancia de esta última significación – sea porque la sexología ha sido un campo privilegiado de estudio para Freud, sea porque, como lo indicaremos en seguida, carece de todo criterio filosófico de especificación, y por consiguiente hace derivar una noción común en su tipo más sorprendente de realización – que el reproche de pansexualismo dirigido a la psicología freudiana queda a pesar de todo merecido, y que esta misma psicología aparece muchas veces como dominada por una especie de obsesión sexual.

Por otra parte, (como ya lo hemos notado en ‘Religión y Cultura’), una filosofía general de tipo muy inferior impide a Freud distinguir la potencia y el acto; reemplaza por eso la potencialidad por un conjunto de actualidades opuestas entre sí, orientada la indeterminación hacia la actuación normal pero capaz de múltiples actuaciones anormales por una constelación de actuaciones contrarias en conflicto. Entonces lo normal no se le manifiesta sino como un caso particular de lo anormal, la salud como un caso particular de la enfermedad. De aquí se originan especialmente las exageraciones de sus teorías sobre la sexualidad infantil, sobre el complejo de Edipo, etc., donde interpreta un material patológico de valor a veces innegable en un sentido violento y ásperamente degradante, abandonándose a las generalizaciones más arbitrarias (así para él la existencia del complejo de Edipo es una ley universal) y considerando al niño como un perverso polimorfo (pero por lo demás la palabra perverso no entraña aquí, con toda evidencia, ningún juicio de valor moral).

Comprendamos sin embargo que todo el juego de los instintos, por numerosos, por poderosos que sean, queda abierto en el hombre, implica una indeterminación relativa que no encuentra su conclusión normal y su regulación normal más que en la razón, de manera que la indiferenciación de los instintos ante tal o cual estado deja abierta la posibilidad de fijaciones anormales; comprendamos que si determinadas perversiones aparecen como un regreso hacia un estadio infantil de la evolución de los instintos, media sin embargo una diferencia esencial entre *“la no-integración infantil y la desintegración, siempre complicada con reintegración anacrónica y discordante, que es lo propio del estado patológico”*; entonces comprenderemos hasta qué extremo es absurda esa expresión de perverso polimorfo que usa Freud en el caso del niño. Todo estará en su punto cabal cuando se reemplace esa noción de perversión polimorfa por la de pervertibilidad polimorfa; pero se habrá salido del freudismo. *“Cuando alguno, escribe Freud, se ha vuelto grosera y manifestamente perverso, se puede decir con más exactitud que ha quedado detenido, que representa un estadio de suspensión en la evolución”*. Típica es esta fórmula del error central de la psicología freudiana que aquí señalamos.

En definitiva, esta psicología quiere ser, y con perfecto derecho, una psicología de índole puramente empiriológica; pero está invadida e inundada

por todas partes por una pseudometafísica de la más vulgar calidad, que Freud se cuida tanto menos de aminorar cuanto que se imagina no hacer filosofía ni metafísica: digo pseudometafísica de la más vulgar calidad, porque combina todos los prejuicios del cientificismo determinista y materialista con todos los prejuicios del irracionalismo. Un irracionalismo poderosamente filosófico como el de Bergson o aun el de Klages (por abominable que sea a mis ojos la metafísica de éste último) es algo noble; y también un cientificismo elevadamente racionalista como era el de Berthelot por ejemplo. Pero el cientificismo de Caliban, el irracionalismo de Homais, constituyen seguramente una de las formas de pensamiento más envilecidas que se pueden concebir.

Aquí se podría observar que los esquemas del aparato psíquico propuesto por Freud (sobre todo el segundo esquema: yo [que comprende lo consciente y lo preconsciente] sobre mí [que abarca los elementos represores de lo inconsciente], se [que comprende todo lo primitivo y lo reprimido]) y la pretensión freudiana de explicar con ellos la génesis de la moralidad por ejemplo, de una manera tan gratuita como brutal y rudimentaria, y considerando el sobre mí como *“el heredero del complejo de Edipo”*, ilustran la confusión de la que acabamos de hablar entre los esquemas de una psicología enteramente empiriológica y las explicaciones de una psicología filosófica. Esa misma confusión engendra manifiestamente una especie de mitología explicativa, en la que los instintos de vida sujetos a la libido y los instintos de muerte sujetos al instinto de conservación individual (es decir, para Freud, de retorno a los elementos inorgánicos de los que está hecho el organismo viviente) no poseen un valor científico mayor que el Eros y el Thanatos del viejo Heráclito. Prefiero decir algunas palabras sobre un concepto que desempeña una función capital en la psicología freudiana, el concepto de sublimación.

Se encontrará en un notable artículo de Gustave Thibon (*Études Carmélitaines*, abril de 1936) una discusión, a mi juicio muy felizmente orientada, de la idea de sublimación. Observemos ante todo que la noción de la especificación de las tendencias por su objeto formal es enteramente ajena al pensamiento de Freud: considerando las tendencias y los instintos exclusivamente de parte del sujeto (lo cual constituye ya un materialismo en el modo de conocer) de ningún modo puede hallar en ellos diferencias

de esencia, ¿cómo, pues, no los haría afluir a todos a un mismo instinto fundamental del cual no serían más que transformaciones o más bien disfraces diferentes? Por otra parte, su negación de la autonomía de lo espiritual y su gusto profundo de humillar al hombre no podían sino empujarlo en la misma dirección (materialismo en la doctrina esta vez, si es verdad que el materialismo se caracteriza por la reducción de lo superior a lo inferior). De lo cual resulta que para él los estados llamados “superiores”, la inspiración del poeta, el amor del místico, por ejemplo, no son más que transformaciones y disfraces del instinto, medios torcidos por los cuales una sensualidad reprimida en su ejercicio normal se satisface de un modo insidioso y velado; todo entusiasmo humano es específicamente sensual.

Muy fácil es comprobar cuántas mezclas y connivencias pueden producirse accidentalmente en los pobres mecanismos de la naturaleza humana. Pero esta misma comprobación atestigua que las estructuras dinámicas así entremezcladas son de esencia distinta; la interpretación freudiana no está fundamentada sobre ninguna razón necesitante, sino sobre la simple y brutal negación a priori de un orden de realidades cuya certeza racional se establece con la ayuda de instrumentos filosóficos y que no se establece más que con la ayuda de tales instrumentos.

¿Significa esto que la misma palabra sublimación, cuyo sentido freudiano no es aceptable, deba ser rechazada? No pensamos así. Por el contrario, parece ser capaz, en un sentido enteramente diverso, de designar un proceso psíquico de la mayor importancia.

La embriaguez del alma lírica o religiosa es, de sí, específicamente espiritual, y por lo tanto específicamente distinta del instinto. ¿Ha de decirse que está separada del instinto? Es absurdo absorber lo superior en lo inferior; pero es inhumana su separación.

Existen, en seguida lo sugeriremos, diferencias típicas entre los instintos en el hombre y los instintos en el animal sin razón. Si en el hombre presentan una indeterminación relativa mucho mayor que en el animal y exigen obtener de la razón su reglamentación definitiva, es porque en el hombre son parientes del espíritu, hechos para el espíritu: *“su verdadero centro, su*

propiedad suprema, residen más allá de las finalidades de la vida orgánica". Hay en ellos una aspiración secreta de sumergirse "en esas vibraciones delicadas que comunican con el espíritu". Y lo cual es verdad respecto a la tonalidad típica debida a la diferencia de sexos como a las otras tonalidades de la vida afectiva. Esta tonalidad típica (y aquí nos unimos a la distinción freudiana de sexual y de genital) desborda ampliamente en el ser humano al instinto orientado hacia la procreación, impregna las bellas creaciones de la cultura y desempeña una función inmensa en la génesis de los estados afectivos superiores.

Desde entonces, con Gustave Thibon, podemos definir la sublimación – la verdadera sublimación – como "una especie de reflujo ascensional del instinto hacia las fuentes inmateriales del ser humano, como la integración cualitativa de los ritmos sensibles en la pura melodía de la vida interior. Subjetivamente, está acompañada por un sentimiento de equilibrio, de paz y de plenitud íntimas, por una impresión de liberación respecto a las servidumbres y disonancias de los apetitos inferiores, y como por una transparencia espontánea" de todas las profundidades de la naturaleza a las influencias del espíritu. Si el progreso moral exige la lucha ascética del espíritu contra la carne, y conoce fases de sublimación nula en las que los instintos inferiores son vencidos, pero siguen siendo tanto más obsesionantes, exige también desembocar en una fase de integración final que responda a la sublimación tal cual la acabamos de definir, y cuyo nombre evangélico es la bienaventuranza de la paz.

III

LA FILOSOFÍA FREUDIANA

No dedicaré más que algunas reflexiones a la filosofía freudiana. Nada hay más penoso como hablar de una filosofía que no se confiesa como tal.

Toda la filosofía freudiana descansa sobre un prejuicio: la negación violenta de la espiritualidad y de la libertad. Desde este momento, las visiones experimentales con frecuencia justas se convierten, endureciéndose filosóficamente, en los peores errores. Freud ha visto con toda exactitud que la naturaleza humana más normal encierra un cierto pluralismo de fuerzas más o menos antagónicas; ese pluralismo se convertirá en absoluto, y la persona humana se descompondrá, se corromperá bajo la mirada del psicólogo. Él ha inventado un poderoso instrumento de exploración de lo inconsciente, y ha reconocido el mundo terrible, el infierno interior de los monstruos reprimidos en lo inconsciente: pero confunde al mismo inconsciente con ese infierno, que no constituye más que una parte de él. Y porque lo separa de la vida de la razón y del espíritu, convierte la instintividad toda entera y no solamente la parte que está efectivamente separada por la represión – o por el vicio o la maldad –, en una pura bestialidad agazapada en el fondo del hombre; desconoce así la ley fundamental, que recordábamos hace un instante, del carácter esencialmente humano de la instintividad normal en el hombre. Reprimido, activo, bestial, infantil, alógico, sexual, por estas seis notas Jones caracteriza a lo inconsciente según Freud.

Reconocemos que en el mismo error de Freud, como en el de Marx, hay algo grandioso, que lleva al absurdo una verdad capital: uno y otro han reconocido la importancia esencial de lo que los tomistas llaman la causalidad material; desgraciadamente han hecho de ella el todo, o al menos lo principal.

Es difícil no ver en la obra de Freud un castigo del orgullo de esa soberbia personalidad farisaica que el racionalismo había erigido como un fin en sí supremo. Caen las máscaras, lo que estaba oculto en los sepulcros blanqueados aparece a la luz del día. El hombre había negado en sí todo lo malo e irracional, a fin de poder gozar del testimonio de su conciencia, estar contento de sí, justo

por sí mismo. Fundado en la ilusión y en el engaño de una falsa conciencia nominalista de sí propio, usaba grandemente del rnoralismo y del espiritualismo, vaciados por otra parte de su contenido.

Pues bien, el esfuerzo de Freud habrá sido denunciar la mentira de esa falsa conciencia. ¡Esta, a decir verdad, encubre y disimula profundas corrientes inconscientes, no sólo los intereses económicos, los intereses de clase, como afirmaba Marx, sino en general todo el mundo de la concupiscencia y del amor egoísta de sí, y de lo salvaje y demoníaco que se había querido negar. Después de Freud una determinada forma de fariseísmo se ha vuelto imposible. El hombre, para reencontrar su unidad, deberá hallar una nueva frescura, y una nueva conciencia de sí.

Por otra parte (y es el caso de hablar de ambivalencia) esa voluntad encarnizada de desnudar la naturaleza humana. y de mostrarle su fealdad está acompañada por una extraña pero innegable piedad: piedad para con el enfermo, piedad para con el niño cuyas primeras experiencias son experiencias de vergüenza y de dolor, piedad para con el hombre víctima de tantos demonios y perdido de angustia en medio de sí mismo. Se diría que Freud los contempla a todos como a víctimas enfermizas y torturadas por un inexorable destino.

Pero cualquiera que sea el valor de esas disposiciones afectivas, cuando son recibidas en la inteligencia y dominan una filosofía, no pueden producir entonces más que estragos y manías. La filosofía larvada de Freud se manifiesta como un síntoma mórbido que afecta a la inteligencia como consecuencia de una represión fallida de las tales disposiciones afectivas, no es más que un disfraz de un odio profundo a la norma de razón. Contentémonos con registrar aquí el fracaso del esfuerzo de Freud y de su escuela para explicar por el psicoanálisis y por un empirismo o un sensualismo radical de tendencia sexual las actividades superiores del ser humano, el arte, la moralidad, la religión. Este fracaso ha sido comprobado por Jung en lo que se refiere al arte, por Malinowski en lo que se refiere al origen de la moral y a la sorprendente teoría del parricidio original, la cual, según la palabra de Dalbiez, constituye una especie de antropología romanesca (lo sabéis, es lo que Freud explica sin reírse en *Totem et Tabou*: un día *“los hermanos expulsados se han reunido,*

han matado y comido al padre, lo que ha puesto fin a la existencia de la horda paterna”, y este acto de canibalismo no es tan sólo el origen del sacrificio totémico y de la exogamia, explica todas las religiones. *“Podría pues, concluye Freud, terminar y resumir esta rápida investigación diciendo que en el complejo de Edipo se encuentran los comienzos a la vez de la religión, de la sociedad y del arte ... “*Es, por parte del padre del complejo de Edipo, llevar un poco lejos el orgullo paternal).

En definitiva hay, creemos, en el fondo de la metafísica freudiana lo que Max Scheler ha llamado el resentimiento: resentimiento, el mismo Freud lo ha explicado, de un alma ofendida y humillada desde la infancia, resentimiento, al parecer, contra la misma naturaleza humana; resentimiento sobre todo contra todo lo que – formas y regulaciones racionales, morales, religiosas – pretendiendo en nombre de un ideal abatir el mundo de la instintividad, acrecentaría la desgracia de los hombres y provocaría en ellos el desorden psíquico.

Hemos notado ya que ese pesimismo amargo no carece de cierta grandeza. Parece verdaderamente que una especie de piedad desesperada, que se podría descubrir también en Lutero, lleva a Freud, que encara todas las cosas desde el ángulo de la clínica de la psiconeurosis, a hacer de la moral, con sus prohibiciones que él considera arbitrarias y con el sentimiento de culpabilidad que desarrolla, responsable de un diluvio de males y de torturas suplementarias que los hombres se infligen a sí mismos. Sobre todo Freud detesta la moral sexual cultural. Según mi juicio convendría advertir aquí, en primer lugar, que la especie humana es una especie que no puede vivir y desarrollarse más que en el estado de cultura; en segundo lugar; que las reglas de la moral cultural tienden precisamente a disminuir las causas de los sufrimientos y de los males a los que está expuesta esta especie y a aumentar su tensión creadora. Pero no pueden tender a ese fin sin herir duramente al individuo. De donde se sigue que la moral se convierte para la humanidad en un yugo tan intolerable como necesario desde el momento que el amor no viene a aliviar ese yugo, y si un régimen de la misericordia divina no viene a compensar el de la ley y a subordinarlo sin abolirlo: lo cual crea a aquellos a los cuales, por una suerte inmerecida, el cumplimiento de la ley les es más fácil, deberes singulares de amistad y de respeto fraternales para con los demás.

No es el momento de entablar la discusión de este tema. Solamente quiero advertir, para concluir, que encontramos en Freud un ejemplo eminente de esa ley estadística: que los grandes descubrimientos, a causa de la desgraciada condición del hombre y de su debilidad para alcanzar la verdad, parecen tener necesidad, sobre todo cuando llevan al mundo de los sentidos, de violentos estímulos afectivos, los cuales, a pesar de excitar y guiar la investigación, inclinan por otra parte la inteligencia al error. Pero en definitiva el error habrá servido así a la verdad a pesar suyo; y gracias a los procesos de purificación y de reintegración a los cuales como consecuencia estará obligada la razón, es todavía la verdad quien pronunciará la última palabra.

